

En este 1º de enero, cuando la gente se abrazaba y se deseaba un feliz año nuevo, no podía dejar de observarse un tono escéptico en los buenos augurios.

Claro, ya se habían enterado de que el año que se iniciaba era bisiesto.

Nunca he podido comprender el por qué la superstición popular asigna al año bisiesto caracteres catastróficos. Más bien, le tengo simpatía. Es la oportunidad que tiene el esmirriado y discriminado febrero para alzarse sobre su pequeñez y pretender ser igual que los otros. Es cierto que apenas si alcanza a un día más, pero el intento, por lo romántico, por lo persistente, por el inevitable fracaso que lleva envuelto, merece nuestras simpatías. ¡Pobre febrero mocho! Lo estimo desde que, en la ya lejana época de mi infancia, me enseñaron con didácticos fines estos versos:

"Treinta días trae noviembre, con abril, junio y setiembre. Los demás traen treinta y uno, con excepción de febrero mocho que solo trae veintiocho"

El versito en cuestión, me hizo meditar. ¿Por qué se discriminaba con febrero? ¿Por qué en el calendario que se suponía nacía de la observación que los hombres hicieron del lento e inmutable desplazarse de los astros, se repetían las injusticias y las desigualdades que uno pudiera atribuir a la feble condición humana, pero nunca a las leyes de la naturaleza?

En un principio no fue así. Cuando los hombres se dieron a la impropia tarea de medir el tiempo, de crear un sistema que les permitiera planear con anticipación la época de la siembra y de la cosecha, saber cuando llegaría el verano y cuando se desencadenaría el invierno, idearon el año que dividieron en meses. Los mayas, los griegos y hasta el sapientísimo Moisés, imbuidos de un espíritu de justicia que, al parecer, desde antiguo ha estado reñido con la realidad, idearon meses de igual número de días o, en el peor de los casos, con un día de diferencia. Pero esos años concebidos con criterio democrático, terminaban más desbaratados que autos ensamblados en Colombia: les

En defensa del año bisiesto

Sergio Vodanovic

sobraban unos días por acá, les faltaban otros por allá y el tiempo resultaba más impredecible que lo que sería para un bogotano, si le faltara el cerro Monserrate.

La infalibilidad papal

Tuvo que llegar el Papa Gregorio, con toda su sabiduría e infalibilidad, a poner las cosas en su lugar. Y con el calendario gregoriano, la humanidad hubo de reconocer que, aun aplicando la astrología y las matemáticas, la desigualdad y la injusticia era una resultante del orden natural. Así, nacieron los meses opulentos de treinta y un días, los venidos a menos de treinta y, solitario, desposeído y vergonzante, el raquítico febrero mocho.

Tal vez, como un consuelo, quizás para hacer menos dramática su desigual condición, el Papa Gregorio favoreció a febrero creando el año bisiesto. Y, desde

entonces, al igual que algunos pueblos que con ingenua persistencia, cada cuatro años se ilusionan con la esperanza de cambiar su destino eligiendo un nuevo presidente, febrero, también cada cuatro años, pretende llegar a ser igual al resto de los meses y se empina a los veintinueve días. Pero, claro, al año siguiente vuelve a ser febrero mocho, como también regresan a su triste realidad, los pueblos que se esperanzaron con la elección presidencial.

Yo creo que este intento de superación, este acto de rebeldía de un mes tan discriminado, no debiera ser señalado con la mala reputación que el decir popular asigna al año bisiesto, pues en él si bien suceden catástrofes como en cualquier año normal, nos trae, en cambio, cosas favorables que bien vale la pena señalar en su defensa.

La fortuna de nacer el 29

Vean si no es afortunada la mujer que nace el 29 de febrero. Sin necesidad de mentir, sin que se la pueda acusar de abuso de coquetería, podría declarar su edad reducida a una cuarta parte pues, en rigor, solo cumplirá cada cuatro.

¿Y qué me dicen del patrono que pagará veintinueve días de trabajo a sus dependientes, con el mismo jornal con que habitualmente paga veintiocho?

Quiénes acostumbramos a pagar nuestras deudas el último día del mes, con qué alegría cada cuatro años nos encontramos con esta "ñapa" que nos permite veinticuatro horas de desahogo.

Y quienes viven preocupados por el transcurso del tiempo que los lleva a la vejez y a la muerte, habrán vivido este año bisiesto un día más sin que tengan necesidad de computarlo, pues este año de 366 días, es tan año como el de 365.

Dejemos, pues, dudas y suspicacias y pensemos que este año que se ha iniciado, lejos de estar marcado por el signo de la fatalidad, nos traerá entre otras cosas buenas, el preciado regalo de un día más que podemos gastarlo en lo que queramos, sin necesidad de anotar en el libro de contabilidad de nuestras vidas:

Bienvenido sea el 29 de febrero. □

Dolor de cabeza para los calendarios

Estamos en 1976 por un error de cálculo: cuando cerca del año 900 se decidió adoptar la era fijada en el 525 por el monje Dionisio el Exiguo, y contar desde el nacimiento de Jesucristo hacia adelante y hacia atrás, los encargados de hacerlo se equivocaron por cuatro años. Y como nunca se quiso corregir el error, hoy no es 1980, como en efecto debería serlo. Además, los musulmanes cuentan su Hégira a partir del año 622 de nuestra era, y los judíos desde el 3760 antes de ella, fecha que suponían como la de la creación del mundo, hasta cuando se encontraron documentos egipcios del año 4241 A.C. Otro problema de cálculo...

La medición del tiempo ha sido preocupación permanente del hombre, desde sus orígenes: las estaciones, o los períodos de cosecha, o grandes acontecimientos que afectaron una comunidad (guerras, pestes, largos inviernos, la posesión de un rey) fueron las primeras y difusas fechas de referencia en los documentos escritos del hombre primitivo; luego el ciclo lunar, las estrellas y el sol, orientaron al hombre en la medición del tiempo y la edad, en la programación de las siembras, en la cacería.

Solamente en el Siglo XVII aparecieron los relojes, que precisaron más el paso de las

horas, de manera diferente al aparente día solar. Desde 1928, el reloj de cristal de cuarzo determina con mayor precisión cada instante, y en la ciencia, ese elemento tan apegado a la vida humana, recibe clasificaciones diversas: tiempo medio, tiempo periódico, tiempo sidéreo, tiempo solar verdadero... para no hablar de las especificaciones del tiempo en la economía, el derecho, etc.

Hoy existen serias propuestas para reformar el calendario, entre las cuales se destaca la de establecer años de 13 meses, cada uno de cuatro semanas exactas, y de 28 días en total: tendría la ventaja de que el primer día de cada mes sería siempre el mismo, y las fiestas caerían en el mismo día de la semana. Todo es problema de cálculo, tan viejo como el hombre mismo, como su necesidad de medir el tiempo.

La luna fue una mala consejera

Hoy en día se ha establecido que de cada año de 365 días sobran 5 horas, 48 minutos y 46 segundos, con lo cual cada cuatro años se acumula un día sobrante, y cada siglo cerca de un mes; para corregir el calendario, se estableció el año bisiesto, pero con muchos atenuantes, cuya historia tiene facetas sorprendentes.

El primer calendario sistemático, de sorprendente exactitud, fue el egipcio; su año constaba de doce meses de treinta días a los cuales agregaban 5 días adicionales, los de la fiesta de Año Nuevo; sistema que coincide en muchos aspectos con el del calendario que con estupor descubrieron los españoles entre los aztecas.

El acierto de los egipcios residió en medir su año según el curso de la estrella Sirio, iniciándolo con su aparición, tras larga ausencia, sobre el desierto del Este: contando los ciclos solares que este proceso abarcaba, se determinaron los 365 días, y al notar su retraso de un día cada 4 años, establecieron el sistema del año bisiesto. La celebración del Año Nuevo se estableció también desde entonces, puesto que la aparición de Sirio coincidía con la benéfica crecencia del Nilo.

Pero la precisión egipcia tardó en llegar a Occidente. Los griegos heredaron de Babilonia un calendario basado en los ciclos de la Luna, sistema de muchas comunidades primitivas, que así nominaban a sus meses lunas: de la cacería, de las hojas caídas, de la cosecha... Con lo cual se complicaba la medición del tiempo, porque a diferencia del ciclo de Sirio, el de la luna es diferente al del

sol; y de ahí los irregulares meses de 28, 29 y 30 días, y años de 12 o 13 meses, siempre dispares y poco prácticos.

Julio César quería alcanzar al Sol

Los romanos tomaron de Grecia el calendario Babilonio, con ligeras y poco fructíferas reformas: hace dos mil años todavía se regían por él. Fue entonces cuando Julio César, cuyos astrónomos tuvieron conocimiento del sistema egipcio, reformó la situación estableciendo el Calendario Juliano, del cual provienen los nombres de los meses: Janos, dios de dos caras y que mira hacia adelante y hacia atrás, dio su nombre al primer mes, Februa, la fiesta de purificación, al segundo; a otros, Marte, Aprillis, Maia y Juno, la esposa de Júpiter.

Los últimos cuatro se llaman con ordinales (séptimo, octavo, noveno y décimo), pues inicialmente solo hubo diez meses. Luego se introdujeron los dos restantes, en homenaje a Julio César y Augusto.

Los astrónomos de César conocían el sistema de los años bisiestos, y el emperador lo adoptó: cada cuatro años se agregaría un día, "para alcanzar al sol".

Inicialmente, con excepción de febrero, todos los meses

pares tenían 30 días, y los impares 31. Pero la vanidad de Augusto hizo que se robara un día más a febrero —siempre el mes víctima— para agregarlo a "su mes", y así "alcanzar a César".

El año más corto de la historia fue bisiesto

La reforma Juliana estableció, pues, la duración de un día más cada cuatro años, pero en 1582 la astronomía logró precisar que se ganaba un día cada 128 años, visto lo cual la máxima autoridad de la Tierra (que para entonces no era ya un emperador sino el Papa Gregorio XIII) le quitó a ese año diez días y dispuso que para el Calendario Gregoriano seguiría el sistema de los años bisiestos, con excepción de los años seculares (primeros de cada siglo) cuyas primeras dos cifras no fuesen también múltiplos de 4: así tenemos que 1900 no fue bisiesto, pero el año 2000 sí lo será.

A pesar de la reforma gregoriana, el calendario "gana" un día cada 3.323 años, en vista de lo cual se ha previsto que el año 4000 y sus múltiplos (800, 12000, 16000, etc.), a pesar de cumplir todos los requisitos del año bisiesto, no lo serán. Las horas "de más" de cada año, siguen siendo un problema de cálculo... a pesar del bisiesto. □